

EL ARTE

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.

Director: D. ELADIO LEZAMA.

COLABORADORES.

Abarzuza (D. Ventura).
Alarcon (D. Pedro Antonio).
Albaladejo (D. Tomás).
Alcalá Galiano (D. José).
Alvarez (D. Miguei de los Santos).
Arnao (D. Antonio).
Arrieta (D. Emilio).
Balart (D. Federico).
Barbieri (D. Francisco Asenjo).
Benedicto (D. José).
Benítez (D. José).
Blasco (D. Eusebio).
Castro y Serrano (D. José).
Catalina (D. Manuel).
Casado del Alisal (D. José).

Céspedes (D. Dario).
Chico de Guzman (D. Ramon).
Coupigny (D. Juan).
Eslava (D. Hilarion).
Fernandez y Gonzalez (D. Manuel).
Fortuny (D. Mariano).
Fernandez Florez (D. Isidoro).
García y García (D. José).
García Santisteban (D. Rafael).
Haes (D. Carlos).
Hartzenbusch (D. Juan Eugenio).
Jimenez Delgado (D. Juan J.).
Jimeno Agius (D. José).
Jimeno (D. José Idefonso).
Jimeno (D. Roman).

Liniers (D. Santiago).
Maroto (D. Eduardo).
Mélida (D. Enrique).
Mora (D. Juan de Dios).
Moran (D. Jerónimo).
Perez Cosío (D. Leandro).
Pujol (D. Juan Bautista).
Romea (D. Julian).
Sans (D. Francisco).
Sanz (D. Eulogio Florentino).
Selgas (D. José).
Serra (D. Narciso).
Trueba y Quintana (D. Antonio).
Vega (D. Ricardo de la).
Vergara (D. Mariano).

AÑO I.

DOMINGO 16 DE DICIEMBRE DE 1866.

NÚM. XI.

SUMARIO.

REVISTA DRAMÁTICA, por D. Eladio Lezama.—IR Y VENIR, (traducción de sir Nerly), por —.—¿SERIA UN 5? (cuento fantástico) por D. José García.—ANACREÓNTICA, por D. Dario Céspedes.—VARIETADES.—ANUNCIO.

REVISTA DRAMÁTICA.

El teatro del Principe se ha salido de madre. ¡Dos novedades en pocos dias! ¿Qué significa este fenómeno? ¿Cuál puede ser la causa de esa inesperada explosión de actividad?

La crítica no debe averiguarlo; que se contente con saber que la literatura se ha enriquecido con dos nuevas producciones, y dé las gracias al Todopoderoso por la tardía fecundidad del viejo coliseo.

Pero, en fin, dejémonos de bromas y no vayamos á murmurar del teatro ni de nadie, pues precisamente una de esas dos obras estrenadas en el Principe prueba, como dos y tres son cinco, que la murmuración es un pecado muy feo, y todo el público sale muy penetrado... de que no le ha divertido la comedia.

Y vaya usted á escribir para esa gente! Vamos, si está visto: de aquí en adelante no se podrá escribir una comedia.

Yo no sé qué diablos quiere el público. Por una peseta le dan asiento, comedia, música, baile, un salon para fumar, otros departamentos no menos útiles, si no tan agradables; le enseñan buena crianza, le instruyen en la moral y en la religion, y todavía quiere que, por añadidura, le diviertan.

Esto es pedir gollerías, y sólo con gente así se comprende que no haya gustado una comedia como

la que, con el título de *Quien siembra vientos...*, ha escrito el Sr. Ortiz de Pinedo.

De este modo, el dia menos pensado vamos á oír á los estudiantes quejarse de que no les divierte la geometría del espacio, ó de que el cálculo infinitesimal no les conmueve.

¡Ya les daría yo comedias divertidas y dramas interesantes...! ¡Cuánto más útil no fuera, en vez de gastar el tiempo en hacer reír ó llorar la gente, demostrar cada noche un problema de geometría, ó explicar el uso de la trilladera Ransomes and Sims, 9, Gracechurch Street, London.

No insisto sobre este punto porque pienso, andando el tiempo, escribir una obra con el objeto de probar que se podría obtener una considerable rebaja en los gastos de instrucción pública, reemplazando los institutos de segunda enseñanza con los teatros.

La otra obra representada en el teatro del Principe es una traducción, ó un arreglo, como dice el cartel, de la que escribió en francés Victoriano Sardou, con el título de *Nos bons villageois*: el autor del arreglo es D. Narciso de la Escosura, el cual ha desempeñado bastante bien su trabajo, á pesar de las dificultades que opone una obra, cuyo principal objeto es la pintura de costumbres locales.

Nos bons villageois es, lisa y llanamente, la comedia de Breton, titulada *A Madrid me vuelvo*. La única diferencia consiste en que el autor francés no ha considerado suficiente la pintura de las costumbres, los vicios y las ridiculeces de una aldea, para hacer una obra dramática, y ha tenido que valerse de una acción á la que concurren muy indirectamente los aldeanos para dar interés y unidad á la comedia. Así sucede que el espectador llega casi á olvidar el fin principal, el pensamiento dominante del autor, y convierte toda su atención, concentra

todo su interés justamente en el pequeño grupo de personas extrañas á la aldea.

Aparte de esta diferencia, que hace de *La paz de la aldea* una obra mucho más dramática y más entretenida que la comedia de Breton, en lo que toca á la pintura de las miserables pañonillas, de las ridiculeces y de las molestias de una aldea, la obra de nuestro paisano lleva inmensas ventajas á la francesa.

Verdad es que por mucho que haya querido hacer el Sr. Escosura, la pintura de un pueblecito de las cercanías de París se ajusta muy mal á una aldea de las inmediaciones de esta corte.

La obra ha sido muy aplaudida y bastante bien puesta en escena. De los actores merecen elogios, á mi entender, Zamora, en algunos momentos; los señores Boldun y García, de cuando en cuando; y la señora Dardalla, en todo su papel; esta última tiene escenas en que está admirable.

Y ya que he terminado con el teatro del Príncipe, que no suele dar con frecuencia materia á esta revista, voy á decir dos palabras sobre la obra últimamente representada en Jovellanos.

La cuerda templada es una obra que quiere probar,—siempre queriendo probar! ¡es mucho empeño!—que en el matrimonio no se debe tener la cuerda ni muy tirante, ni muy floja, ó lo que es lo mismo, que el marido debe igualmente huir de ser muy receloso ó excesivamente confiado.

Pablo es un hombre que tiene entera confianza en su mujer, y por ende la deja en libertad de ir y venir y hacer lo que mejor le plazca; pues su mujer, como es natural, está muy descontenta y quisiera que su marido no la dejase ni á sol ni á sombra, y que fuese celoso como un turco. Carlos, por el contrario, es un marido suspicaz, caviloso, que está siempre hecho un Argos con su mujer, y á quien los dedos se le antojan huespedes; pues su esposa, y esto si que es natural, se lamenta de tan infundadas sospechas y de la molesta y ofensiva vigilancia á que se halla sometida.

Llega un tío de Pablo, y qué les parece á ustedes que discurre para contentar á su sobrino y para corregir toda esta gente? Hace que Pablo tenga celos de Carlos y que Carlos esté celoso de Pablo; las mujeres, por no ser menos, tienen celos una de otra, y á la conclusion el tío cuenta un cuento para probar que la cuerda debe estar templada... *quod erat demonstrandum*.

La obra ha sido representada con mucho acierto, lo cual, unido á tal cual rasgo feliz y á la buena verificación de la comedia, ha impedido que el público demostrase su desagrado á pesar de no estar muy satisfecho.

En esta quincena todos los teatros han ofrecido alguna novedad, y los Bufos Madrileños han tenido la buena suerte de que la suya sea la más notable, al menos por la acogida que del público ha merecido.

Un sarao y una soirée, que así se llama la última obra representada en los Bufos, es una ingeniosa

comparacion de nuestras reuniones modernas y de las que tenían nuestros abuelos al principio de este siglo.

La idea no es enteramente original, y los autores de la obra, Sres. Ramos Carrion y Lustonó, han tenido la modestia y el buen gusto de no ocultarlo, citando el nombre del malogrado escritor D. Antonio Flores, autor de *Ayer, Hoy y Mañana*.

Sin embargo, aun les queda á ellos el mérito de haber adivinado el buen efecto cómico que en el teatro debía producir el contraste de nuestra sociedad actual con la de hace sesenta años, y la gloria de haber realizado su pensamiento de una manera tan natural como ingeniosa. *Un sarao y una soirée* son dos cuadritos muy bien dibujados y ricos de detalles muy graciosos y muy oportunos para retratar al vivo las costumbres de la época.

El público ha recibido con entusiasmo esta nueva produccion y ha prodigado repetidos aplausos á los jóvenes escritores que con tan buenos auspicios comienzan la difícil senda del teatro.

Yo, por mi parte, me felicito tambien del triunfo alcanzado por los Bufos; á pesar de la simpatías que el público concede á ese teatro, y á pesar de las ganancias realizadas por la empresa, segun dice en la gacetilla de sus anuncios, yo no he hallado ocasion para concederle un elogio desde que puso en escena *El joven Telémaco*. Esto debe importar muy poco á la empresa que con obras buenas ó malas atraía la gente y realizaba utilidades; pero esto no puede ser indiferente á los que se interesan por nuestra literatura dramática, que veían con disgusto á ese teatro lanzado por el camino de las mamarrachadas y prostituyendo á sabiendas el gusto de nuestro público.

Que continúen los Bufos poniendo obras de esta clase, y la crítica sólo tendrá alabanzas para ellos.

ELADIO LEZAMA.

IR Y VENIR.

TRADUCCION DE SIR NERLY.

I.

La llegada.

Anoche llovió, pero no importa; hoy el sol alumbraba, el cielo está sereno y las ramas de los árboles estienden hacia él sus nudosos brazos para que enjugue las lágrimas que la noche antes vertiera sobre ellas; las montañas, vestidas de gala, se complacen al verse retratadas en el río con su nuevo traje, y las muy presumidas no se cansan de añadir ramos de flores á su tocado, guirnalda de sauces y ramilletes de madroños y de pinos silvestres á sus pomposas faldas.

La brisa del mar refresca el rostro del viajero y le hace aspirar los perfumes del monte por donde pasa, agitando las ramas de los castaños y silbando por entre los espesos cañaverales.

El coche rueda por encima de un puente; su ancha vaca se retrata en el río, asustando á los tímidos peces que sacan sus plateadas cabezas para buscar distraccion á sus monótonos placeres; el eco repite cien veces el ruido de las ruedas que hieren el empedrado camino y algun que otro guijarro, despedido con violencia, se precipita con estruendo desde lo alto de la calzada, agitando un momento las tranquilas ondas.

—¡Arrea los caballos! He contado los meses, luego las semanas, despues los dias, ayer las horas y hoy los minutos; ¡arrea los caballos! Este aire es el mismo que ella respira, este río es el que lame los muros de su casa, estas montañas la dan sombra para sus siestas, flores para sus cabellos, ecos para sus suspiros. ¡Arrea los caballos, imbécil! Desde ese puente en que se abrazan las dos montañas, todo lo que ves es suyo; su huella ha hecho brotar todas las flores, su aliento ha embalsamado el aire, la yerba ha brotado bajo sus plantas y las enramadas conservan todavia la graciosa forma que las imprimió su cuerpo al recostarse en ellas; todo es suyo, todo; la onda sobre la que se desliza con su barca, la gruta donde escribe su nombre, y acaso el mio; la rama donde suspende su sombrero; la fuente donde coge agua con sus manos retirándolas cubiertas de perlas que la regala, por jugar con ella, la envidiosa hada que la habita; todo es ella, todo; los árboles que me saludan como á un amigo, la alondra que revolotea sobre mi cabeza, esos murmullos que me dan la bienvenida, esa brisa que deposita en mis labios un delirante beso de amor.

¡Arrea los caballos, imbécil! ¿Qué entiendes tú de todo esto? ¿Me miras con aire de lástima como si fuese un loco? ¿Qué te importa, con tal de que te dé una buena propina para que te vayas á la taberna y compres un pañuelo de seda á tu novia? Arrea los caballos; por mucho que corran ellos y tú, más corre mi pensamiento; si pudiera empujar el coche, ya habríamos llegado; pero ¡ay de mí! ¡si hubiera podido detenerle, nunca hubiera partido!

¡Ayer llovió! pero no importa; hoy el cielo está despejado, el aire es puro, y el sol brilla por entre los cristales de su ventana é ilumina las trenzas de sus cabellos.

Ayer pensaria: ¿Qué noche para el que camina! Hoy pensará: ¿Qué tarde para el que llega! Me esperas, ¿no es verdad? Ora recorras el jardín buscando flores, ora bordes en tu ventana, ora preludies al piano, ora cantes una melodía, ó juegues una partida de damas ó te pasees por el bosque, me esperas, alma mía, ¿no es verdad? ¡ay de ti, si no me esperarás! ¿no es verdad que sí? Para mí son las flores que buscas, para mí la inspiracion que brota de tus dedos, para mí la nota más apasionada de tu voz, para mí el pensamiento que te distrae del bordado, y que te vuelve torpe en el juego y que retarda tu paso en el bosque, para mí todo, amor mio; y si reservas alguna parte para ti ¡gran egoísta!, es para devolvértela centuplicada cuando yo te la pida.

¡Oh cielo, tardo para dejármela ver! ¡oh río, lento

para llevarme hasta ella! Árboles importunos que me la ocultais; tierra enemiga del hombre, madrastra enorgullecida y exigente; mentiras animadas, ficciones insolentes, naturaleza de cal y canto ¡atrás! ¡Qué sois más que un cosmorama de feria ante la chispa que alumbra mi alma y que, saltando por encima de vosotras, llega hasta ella y se confunde en éxtasis divino con su pensamiento, todo entero ocupado por mí!

Cielo y río, árboles y montañas, tierra y ambiente ¡atrás! Apenas si servís para medallón de mis recuerdos, ¿cómo quereis ser bastantes para contener mis deseos? ¡atrás, os digo! ¡antes de sentirla la he sentido, antes de verla la he visto, antes de llegar he llegado!

II.

La marcha.

¿Y es verdad? Esos caballos piafan impacientes por partir; ese coche se dispone á marchar; y ese asiento vacío, entre un comerciante regordete y su cincuenta y cariarrugada esposa, ¿es para mí?

¿Y el mayoral se despide de su novia dándola un abrazo, y mil amigos importunos me hartan de encargos y me izan hasta la berlina, deseándome feliz viaje; y el mayoral sube á su sitio y arrea á los caballos y la pesada máquina se pone en movimiento?

¿Y hé de partir? ¿Será la vida un viaje eterno y fastidioso? ¿Habremos de estar siempre yendo y viniendo, despidiéndonos y dándonos la bienvenida, siempre en movimiento, nunca quietos?

¡Partir, y apenas la he visto; partir, y no he tenido tiempo para amarla; partir, y apenas he llegado!

No sé si me esperaba, lo que sé es que no me despide; las cortinas de su cuarto no se levantan, el jardín está desierto, el bosque solitario; sólo el perro en su covacha gruñe tristemente al oír el ruido de la diligencia.

Ya la montaña oculta la mitad de su casa, ya sólo se distingue la ventana de su cuarto; ¡ah! alguien levanta la cortina; por fin.... ¡no! el día está nublado y desapacible; debe ser su doncella que la aconseja que se quede en la cama hasta tarde.

De mis deseos, de mis esperanzas, de mis ilusiones, sólo queda el sitio donde las sentí; el alma de mi alma ha volado, y donde antes la marea llevaba las flores y las yerbecillas del prado, hay tan sólo un charco cenagoso y un guijarro cubierto de verdín, por debajo del cual saca una rana su cabeza tiritando de humedad y de frío.

Los árboles amarillentos, la pradera agostada, las fuentes turbias, el cielo pardo, el aire denso, el camino enlodado, la ría negra y estancada, mañana volverán á sus galas, á sus flores, á su claridad, á su transparencia, á su alegría, á su plácida y tranquila corriente; pero para mi alma, seca y marchita, no habrá sol que la inunde, ni ambiente que la seque, ni perfumes que la embalsamen, ni limpias aguas que la purifiquen lejos de ella que era mi rocío, mi aliento, mi aire, mi cielo, mi luz y mi todo.

Nunca se cegarán las ocultas fuerzas de la marea, que un día y otro besa con sus húmedos labios los sedientos senos de las montañas, y el olvido borrará bien pronto de su boca el nombre que yo la enseñé á pronunciar.

El sol rasgará las nubes que envuelven los montes y alumbrará otra vez y ciento las copas de los castaños y las brillantes ramas de los madroños, y más densa la nube del olvido acompañará sus ojos cuando quiera evocar mi recuerdo.

No han de faltar nunca grutas donde el aire se refresque, ni enramadas que le presten su aroma, ni murmullos que le animen con su manso ruido, y sus oídos no podrán, aunque quieran, repetirse las palabras de amor que poco antes la estremecían de júbilo.

El coche camina de prisa, y en vano mi corazón se agarra, con la desesperación del naufragio, á cada rama del camino, á cada hendidura de las rocas, á cada recodo de la montaña; el mayoral anima á los caballos, y las ruedas sacan chispas de los guijarros, y mi corazón se despedaza por la velocidad de la marcha.

Mis compañeros de viaje duermen tranquilamente y roncan á compás; ¡dichosos ellos! Quizá un día, cuando él no era tan regordete y carrillado, y ella no estaba tan enjuta y cariarrugada, viajaban como yo, dejándose pedazos del corazón en las sinuosidades del camino; hoy ya no viajan, hoy ya han llegado; ¡dichosos ellos!

Yo bien quisiera detenerme un poco en todos esos sitios impregnados de su recuerdo; mirar las aguas que ayer la vieron; tocar las ramas que rozaron su vestido; acurrucarme en la roca que todavía resuena con su voz; imposible, no hay ninguna barca que me lleve á la orilla, y el aire no puede llevarme entre sus torbellinos, ni la oruga envolverme en su larva, ni las nubes levantarme un palmo de la tierra, á la que permanece pegada mi impotente planta.

Yo bien quisiera quedarme en esa gruta, donde hace dos días estube con ella; ó en esa fuente, donde nos burlábamos del abrasador estío; ó en esa alameda, imposible testigo de sus temerosas confidencias; imposible, imposible; no soy una planta de helecho, para crecer en una raja de la peña; no soy una caña para vivir al lado del río, estendiendo sus anchas hojas hacia el cielo, ni siquiera soy una piedrecilla para dormir tranquilo en el limpio fondo del líquido cristal; soy un hombre, ¿lo entienden ustedes? un hombre, rey de la planta, y de la piedra, y del monte, y del río, y como tal tengo que estar en perpétuo movimiento, yendo y viniendo, y agitándome en todas partes, porque el progreso es ley de mi vida, y el movimiento, el precio de mi soberanía.

Soy un hombre, y tengo que moverme de una parte á otra, con plena voluntad de moverme, aunque el sol no vuelva á alumbrarme, ni el aire á alimentarme, ni el corazón á dar otro latido; ¡ah! también puedo quedarme, solo que no me quedo nunca, porque este es el sublime misterio de mi existencia.

¡Oh río! tú, al retirarte todos los días hasta el mar,

vas á verla: ¡oh prado! tú sentirás sus menudas pisadas: ¡oh fuente! tú refrescarás sus sedientos labios; vosotros quedais y yo me marchó; vosotros vivireis y yo muero; vosotros sois esclavos y yo soy libre.

¡Viva mi libertad! ya veo el puente que une los dos lados de las montañas; ayer me sirvió para acercarme á ella, hoy me sirve para huirla más cómodamente; viejo está y carcomido, más le habrán gastado los recuerdos que han rodado por encima de él, que las ilusiones que han pasado sin rozarle siquiera, más la lentitud de los que vuelven, que la premura de los que van.

Adios montañas, renovadas siempre y siempre las mismas; adios río eterno y sedentario viajero; quedaos en vosotros y con vosotros; vosotros no mudais de lugar; vosotros la vereis aún: el olvido es una vana palabra que no comprendéis; el recuerdo es un consuelo que sólo está reservado para el hombre.

La piedra seguirá amando siempre á la piedra; las aguas se estrecharán amorosamente en los torbellinos; las ramas se abrazarán unas con otras en un éxtasis de amor, y esto en la eternidad de la eternidad, y mientras la materia descansa sobre la materia.

Y en tanto yo, que soy hombre y libre, me aparto de ella; y en tanto ella, que es mujer, me olvida.

Ya pasé el puente, ya no distingo la montaña, otra montaña me la oculta, otro puente y otra montaña, otra llanura y otro río me esperan; acabo de partir y voy á llegar otra vez; acaban de dejarme y me aguardan—no he tenido tiempo para amarla—¡le tendré para amarla otra vez!

¿SERIA UN 5?

CUENTO FANTÁSTICO.

Referirte, carísimo lector, por qué causa me hallaba sentado no há muchas noches á la mesa de un modesto café, con cierto sugeto, cuyo humilde aspecto exterior contrastaba con sus distinguidos modales y espresiva dicción, seria ajeno á mi propósito de relatarte la historia de un acontecimiento de su existencia, que escuché con grande interés, y que procuraré repetirte, si no con su mismo estilo rico en conceptos é imágenes, con la exactitud al menos que mi memoria permita, seguro de que, como yo, encontrarás al lado de lo extraordinario mucho de elevado sentido moral.

Suprimiré algunos pormenores de que podrás hacerte cargo sabiendo que su padre perdió, en jugadas de bolsa un capital considerable, quedando el hijo huérfano, sin más bienes que una esmerada educación y el recuerdo de su pasada fortuna, pero con el caudal de ambiciones que bullen en una cabeza de veinticinco años, y con un amor inmenso hacia una joven hermosa y pobre, que al unirse á él le proporcionó la dicha de ser padre de la más linda criatura que se ha mecido nunca en el cariñoso regazo materno.

—Mi posición en el mundo, me decía, era poco envidiable por cierto, caballero. Amaba á mi esposa y á mi hija con la entrañable pasión que nos inspiran aquellos seres á quien debemos los únicos instantes de felicidad que hemos disfrutado en la tierra, por los que sufrimos solamente una vida odiosa en otro concepto, y por quien hemos hecho continuos y dolorosos sacrificios. Pero ese amor era al mismo tiempo mi tormento. Yo podía habituarme á la miseria en que me colocaba el producto mezquino de mi penoso trabajo material; pero jamás, sin estremecerme, veía condenadas á ella dos personas tan queridas, ni aquella frente de madre marchitarse de día en día al fuego de sus pensamientos sobre el porvenir de su hija, ni envueltas en miserables harapos las delicadas carnes de aquel pedazo de mis entrañas, que yo hubiera cubierto con las telas de mi corazón.

Y cuando estallaba en mi pecho esta tormenta de dolores, y el demonio tentador del lujo se ofrecía ante mí con todo su insolente descaro, y veía cruzar largas hileras de carruajes llenos de poderosos... y contemplaba esos depósitos de los más raros y espléndidos productos de la industria... y tantas mujeres agobiadas bajo el peso de los brillantes... y tantos niños cubiertos de blancas pieles y suaves terciopelos... y esos palacios suntuosos, donde se quema el ámbar y se prodiga el oro... donde se celebran espléndidos festines y saraos... no sé... pero hasta el crimen se justificaba á mis ojos si á ese precio podía rodear á los míos de semejantes comodidades... á los míos, que consumían su vida en una miserable boardilla, yertos de frío y desnudez, y estenuados de hambre.

Pues bien, yo no cometí ese crimen, y así, hora por hora, conté una eternidad de siete años.

Ni un momento, sin embargo, se apartó de mi imaginación la tenaz idea de poseer una fortuna: jamás dejó de conmoverse mi alma al halago de tan seductora esperanza. ¡Cuántas veces, después de mis tareas, consagraba todas mis facultades para encontrar los medios de conseguirlo! En las altas horas de la noche, en medio del silencio que sólo interrumpía la tranquila respiración del inocente sueño de mi hija, y la anhelosa del insomnio de su madre, yo me internaba en el revuelto laberinto de mis meditaciones, pidiendo á mi pensamiento un hilo que, como el de Ariadna, me librara de las angustias de mi desgraciada suerte.

¡Ser ricos!... ¡muy ricos!... todos tenemos el mismo afán; pero en unos es más vehemente que en otros este anhelo. En la esfera de los hechos, el oro no significará acaso para algunos más que la posibilidad material de llenar el ancho círculo de sus necesidades físicas; pero para otros, en el orden moral, ser ricos es subir el postrer escalón de la humana grandeza; es el título para exigir de la sociedad la adulación, que hace un ídolo de un hombre; es el derecho á la soberbia, esa embriaguez del orgullo. Las riquezas refinan con los goces la sensibilidad, ensanchan las esferas de la inteligencia, hacen más enérgica la voluntad, y sublimando el alma en estos tres

conceptos, desarrollan nuestro ser y elevan la individualidad humana.

Para conseguirlo, con la poderosa fuerza de una reflexión escitada por el continuo ejercicio, y con la incontrastable seguridad que da el principio filosófico á la consecuencia lógica, meditaba yo sobre las altas cuestiones político-sociales, llegando á determinar la marcha de los acontecimientos públicos, y pudiendo presagiar con admirable certeza el resultado preciso de los sucesos que presenciaba.

¿Os admiráis?... Pues yo en aquella época, al ver que ningún acontecimiento, ninguna oscilación en los fondos dejaron de ser previstos por mí, tenía tal fe en mi sistema, que, como Arquímedes, sólo pedía un punto de apoyo para mover el mundo con la palanca de mi cálculo. Necesitaba, sin embargo, para realizar mis proyectos, madurados con la incansable meditación de siete años, una suma que no poseía, y era imposible adquirir con todo el trabajo de mi vida. Los poderosos á quienes me acerqué, ofreciéndoles tesoros incalculables en cambio de un puñado de oro, se burlaron de mi locura, y el pensamiento de este nuevo Colón no encontró una Isabel que lo comprendiera. Sediento que se abrasa al lado de una fuente, águila sujeta sobre las rocas del Cáucaso, tal era mi espíritu encerrado en el estrecho círculo de la miseria, cuando se encontraba con fuerza bastante para enseñorearse del espacio.

Esta insufrible situación no debía prolongarse por más tiempo. En mi pecho rebotaba ya la amargura; la vida de mi esposa se consumía lentamente, y mi hija empezaba á comprender todo lo triste de su destino.

Terminaba el año 1847: la Europa yacía en calma, pero á mi oído habían llegado los rumores de una lejana tempestad que, empujada por el aquilón de las revoluciones, debía conmover en sus cimientos el edificio político. Los fondos subían, y los especuladores arrojaban á manos llenas sus tesoros para aprovechar aquella alza extraordinaria. En su cálculo miope no comprendían que semejante excitación, tal plétora mercantil denunciaba el período de invasión de la enfermedad social. Jugar entonces á la baja se hubiera calificado de un delirio, y más si el que lo hiciese era, como yo, desconocido entre los soberanos del crédito: y, no lo dudeis, de ese modo hubiera bastado un millon, algunas operaciones y dos años para hacerme dueño de una fortuna incalculable.

El demonio de la codicia había clavado sus garras en mi corazón, y desde entonces se lo abandoné por completo.

Mi esposa poseía un retrato de su madre, guarnecido de diamantes. Venerada reliquia de un recuerdo santo, jamás había querido desprenderse de él... y yo lo estraje ocultamente y lo vendí. Con todo el precio sacrilego de la alhaja compré un billete para la próxima lotería de los grandes premios. Abrigaba el convencimiento profundo de una segura ganancia. La suerte debía favorecer mis proyectos. Como toda grande creación, mi pensamiento gigante tenía que

tomar forma. A la luz de la razón había leído en el porvenir... y yo, Dios de la inteligencia, no podía ser vencido en esta lucha por la ciega y estúpida casualidad.

No trataré de describir la ansiedad mortal con que conté los segundos del plazo que corría: inmóviles, si anhelaba el sorteo; veloces como relámpagos, si me espantaba el torbellino revolucionario que tan veloz venía. Con un brazo hubiera querido detener su marcha, y con el otro arrojar como un momento las horas que faltaban para el sorteo, en el abismo del pasado.

¡Por fin, llegó!

La excitación que había alentado mi espíritu en esta lucha colosal iba a faltarme, y necesitando un poderoso esfuerzo para arrostrar aquel momento, y temiendo que el exceso de la alegría me matase, porque no cupiera en mi pecho tanta felicidad, bebí... bebí demasiado. Después tomé una lista y me dirigí a mi habitación.

¡Era Noche buena!

Mi hija se había dormido con la esperanza de que su padre la llevaría pan. En su almohada distinguíase la huella de la cabeza de su madre, que había arrullado su sueño, y calentado quizá con su aliento sus ateridos miembros.

¡No había comido!

Por única vez en mi vida no besé su frente angelical al llegar de la calle.

«Duérmete», dije a mi esposa.

Miróme... apartóse de mi lado y, apoyando la cabeza en sus rodillas, esperó.

La vela que alumbraba esta escena se estaba estinguendo.

Por un refinamiento de goce cruel no había visto antes el número de mi billete. Quería gozar una por una todas las fases de mi regeneración... paladear gota a gota el ardiente cáliz de placer... analizar los fenómenos de mi espíritu... contemplar con creciente emoción cómo la felicidad se aproximaba paso a paso... cómo se condensaba hasta adquirir cuerpo, y formas, y movimiento, y voz, aquel fantasma que por tanto tiempo se escapaba de mis anhelantes brazos, y que por fin iba a estrechar con insensato frenesí.

Desdoblé la lista... saqué el billete, y lo oculté bajo mi trémula mano.

La llama de la vela perdía en intensidad y reducía su zona luminosa.

Toda mi atención estaba sujeta a la operación que practicaba. Corriendo mi mano desde el millar a la unidad iba descubriendo despacio... muy despacio... los guarismos del billete, y los comparaba con los que en su lugar correspondiente aparecían en la lista.

Uno...—¡Uno!

Tres...—¡Tres!

Otro tres...—¡Tres!

Trece mil trescientos...—¡Trece mil trescientos!

En la misma centena había fijado la suerte su gran premio.

Una agitación nerviosa hizo temblar todo mi cuerpo, mi cabeza pesaba como plomo, y en mi corazón, oprimido por una ansiedad horrible, sentía la cadavérica palidez de mi semblante.

La luz se apagaba.

A su dudoso reflejo, aproximando mis ojos hasta casi tocar con mi rostro el billete, descubrí otro tres...!!

13.335 era el número premiado.

13.33... había visto ya en mi billete.

Parecía que las sienes iban a saltármese según la violencia con que latían mis arterias.

Las sombras habían invadido el papel: sólo un punto imperceptible se alumbraba azulada y débilmente por la moribunda llama.

Llevé el billete a su lado... levanté el dedo... y ¡vii...! No se... porque la luz se apagó completamente!!

Como la pequeña mancha, bruma ó nube, que se dibuja en el lejano confin de los mares del Atlántico, mensajera de las borrascas, poco a poco se eleva... y crece... y se extiende más y más... y cubre con la noche de sus horrores la ancha bóveda de los cielos, así... así una idea confusa, mitad sentimiento, mitad noción, surgió de los últimos límites de mi pensamiento hasta tomar la naturaleza de una extraña e indefinible conciencia. Admiración y espanto, vida y muerte, esa idea era un monstruo psicológico de certidumbre y duda, de afirmación y negación.

Al movimiento rápido, eléctrico, que produjo la llama al extinguirse, había creído percibir un 5!

Quedé mudo... petrificado. Mis ojos inmóviles se clavaron en el sitio donde debía hallarse aquel número, que había impresionado mi pupila, pero no distintamente mi cerebro.

La candente imagen de un 5 se había grabado en mi retina. Desde el fondo de la oscuridad que me rodeaba, destacábase brillante el número 13.335... Yo le veía claro, distinto... Rodeóse de una aureola... del centro a la circunferencia partían oleadas de luz de mil colores. Después se pusieron en movimiento en un sentido de rotación, la cual, acelerándose gradualmente, acabó por ofuscar mi vista.

Cerré mis párpados y caí desvanecido sobre la mesa en que me hallaba.

Dadle a un ciego la vista, y en pleno día mostradle la creación. Tanta luz, tanta armonía, tanta grandeza turbarán sus sentidos. Así mi alma, al divisar otros mundos, quedó deslumbrada por la magnificencia de su nuevo destino, de su terrena gloria.

¡Poseía un millón!... Los consolidados franceses subían hasta 105 para descender al 37.

Mi pensamiento a poco se deleitaba con la seguridad de sus riquezas, cruzando libre los dilatados espacios de la opulencia.

Hallábame en la cumbre de una montaña. El sol inmenso que lanzaba de su foco, como lluvia de oro, torrentes de deslumbradora luz... aquella atmósfera de ámbar y de ópalo... aquel cielo de zafiros... la dilatadísima llanura que se extendía a mis pies, salpi-

cada de esmeraldas... el mar de plata, cuya espumas dejaban, sobre playas de corales, anchas fajas de nacaradas perlas... aquellos montes de oro, por donde rodaban cascadas de brillantes... aquellos pueblos de esclavos, que apiñaban todos esos tesoros para su señor... cuanto la vista abarcaba y el fantástico capricho concebía... ¡todo era mio...! ¡todo! Y yo, pobre gota ayer en el océano de la humanidad, me alcé entonces sobre ella con la soberbia de Luzbel.

Una sed ardiente devoraba mi pecho, y yo bebía de aquellos copiosos manantiales que, lejos de refrescarme, convertían mi sed en una fiebre hidrópica abrasadora.

De pronto bajo mis plantas se estremeció la tierra: rugió su seno, y lanzó de sus entrañas un volcán de oro derretido. Corrí y mis pies se quemaban por la lava que me seguía en pos, que me amenazaba siempre.

Un cálido viento agitaba mis cabellos, que huían, echados atrás, por la impetuosidad de mi carrera. Jadeante, sofocado, en vano pedía á aquella atmósfera de fuego aire para respirar; en vano quería sustraerme de aquella corriente maldita, que parecía impulsada por una voluntad diabólica para seguir con fatal exactitud los giros de mi carrera.

¡Cai... Mis manos se abrasaron al contacto de la oleada que sentí cerca.

¡Aquel fin era horrible!

Con un desesperado esfuerzo me levanté, y en mi huida hubiera dejado atrás al torbellino que azota las negras olas del mar Muerto. Ansiaba alcanzar la cima de una de las montañas que cerraban el valle. Pero ¡ay! ellas corrían también hacia mí. Parecía que el Eterno las había arrancado de su secular asiento para lanzarlas en torno mio, y al llegar junto á mí, alzó su mano y pararon...

La oscuridad y el frío glacial del abismo cayeron como una losa sobre mi corazón. Estendi las manos, y por todas partes la dura roca aprisionaba mi cuerpo. Alcé los ojos, y allá... lejos... muy lejos... divisé un pedazo del espacio donde se respiraba la vida y la libertad. Y oí la voz amante de mi esposa, y la suave y dulce de mi hija, y sus blancas sombras se elevaron unidas á los cielos, donde ya no las vería más...

¡Porque era imposible salir!

Y el torrente llegaba... Yo oía su rumor lejano... más distinto despues... próximo ya... siempre creciente... cada vez más terrible, hasta acallar con sus ecos los gritos de mi angustia. Mi espanto lo sintió llegar á la boca del abismo, detenerse un momento, vacilar, y derrumbarse, por fin, hasta el fondo, salpicando con su hirviente espuma mi frente helada.

El alma, en aquellos postreros momentos, abarcó su pasado y su porvenir. El uno en aquel punto lejano y reducido de cielo que alcanzaban á ver mis ojos; oscuro, sí, como el de la pobreza, pero que ahora ambicionaba con tan inútil afán. El otro, en aquel candente océano de oro, que rugía amenazador á mis plantas... subía con espantosa celeridad por mi rodillas... lamía mi pecho... ceñía mi garganta...

Yo sentí como el estremecimiento que debe experimentar el alma al separarse del cuerpo... di un grito... ¡y me desperté!

Mi hija besaba mis párpados, mi esposa enjugaba mi frente.

No sé lo que sentí; pero en mis ojos debió irradiar el fuego de la inspiración divina, é hice mil pedazos el billete que, retorcido, apretaba todavía en mi mano.

¡Desde entonces trabajo... y soy feliz.

¡Nunca he tratado de averiguar si el número del billete sería un 5!!

JOSÉ GARCIA.

Madrid.

ANACREONTICA.

Carlota, la zagala
de la color morena,
la vi un día en el prado
¡ah! ¡nunca yo la viera!
Desde aquel día triste
vivo pensando en ella
y quisiera olvidarla
y quisiera no verla
y quisiera.... ¡Dios mio!
no sé lo que quisiera.
¡Estaba tan hermosa
vagando en la floresta!
Su breve pie besaba
la agradecida yerba;
su rico zagalejo
de flores, oro y seda,
prendían los rosales
quizá por detenerla:
su talle, como palma
verde que se cimbraba,
daba al amor cuidados,
cumplidos á las bellas,
pues bellas y galanes
la adoran y respetan,
los unos como á diosa,
las otras como á reina.
Y hay en su casto seno
(lo dicen malas lenguas)
dos montañas de nieve,
coronadas de fresa,
que con divino arte
formó naturaleza.
Sus hombros son de plata,
sus manos, blanca cera,
y el pecho de paloma,
y la voz de sirena,
y es su cara trasunto
de Vénus Citeréa.
Sus negros ojos hablan
de amor á las estrellas;
mas ¡ay de mí! clavaron
en mi alma dos saetas,
que al que los mira lanzan
del arco de sus cejas.

Dos labios de granate
y dos filas de perlas
de su divina boca
la maravilla aumentan,
que es grande maravilla
una boca pequeña
y en cada punto un negro
lunar de centinela.
Es su sonrisa dulce,
moderada y discreta,
y su mirar de fuego,
y su frente serena,
pregonan de su alma
la hermosura y grandeza.
¿Qué más diré, Dios mío?
Diré que son sus trenzas
como mis penas, largas,
como mi suerte, negras.
Carlota, mi Carlota,
mi canto no te ofenda,
pues quien de amor delira
si más habla, más yerra.
Bien sé para mi daño
que para hacer perfecta
tu imagen, no hay pinceles
y son mudas las letras;
y es fama en estos valles
que te aman y respetan
zagales como á diosa,
zagalas como á reina.
¡Oh! si tuviera un trono
mi amor! Si tú supieras...
—Aquí soltó la lira
el tímido poeta,
y adormeció su mente
voluptuosa idea

DARIO CÉSPEDES.

Octubre de 1866.

VARIEDADES.

La abundancia de original nos impide ocuparnos estensamente del magnífico proyecto de un monumento á Colon, obra del distinguido arquitecto señor Marin Baldo.

Aunque atendidos los recursos del país este proyecto puede ser considerado como una fantasía arquitectónica irrealizable, esto no impide que su autor sea un verdadero artista, que ha traducido su ideal de belleza en una concepción grandiosa, noble y atrevida.

Quisiéramos que las personas competentes diesen su parecer sobre el pensamiento del Sr. Marin Baldo, pues ya que no nos sea permitido ejecutar por ahora esas obras colosales, al menos debiera hacerse constar que en España no falta genio, inspiración y talento á los artistas.

La escena española acaba de sufrir una sensible pérdida con la muerte de la inteligente actriz doña Adelaida Alvarez. Esta jóven artista ha fallecido á los 29 años de edad, y cuando empezaba á conquistar una merecida reputación y á recoger el fruto de su talento y de sus extraordinarias facultades para el teatro.

Nuestro festivo colega *El Violon* ha publicado un almanaque con gran variedad de composiciones y lleno de graciosas caricaturas.

ANUNCIO.

LA CUESTION DE ROMA.

Folleto en defensa del poder temporal de la Santa Sede, por D. José Benitez Caballero, redactor de *El Pabellon Nacional*.

Se vende á 4 rs. en la administracion de dicho periódico y en las principales librerías de la corte.

Para pedidos de provincias, dirigirse al autor, Lavapiés, 22.

La mitad del importe de la venta se destina á los fondos de Su Santidad.

EL ARTE.

PRECIO DE SUSCRICION.

Madrid, un mes.	4 reales.
Id., trimestre.	10
Provincias, trimestre. . . .	12
Estranjero, trimestre. . . .	16
Ultramar, semestre.	2 1/2 pesos.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid: en la Administracion del periódico, calle de Santa Catalina, núm. 12, y en las librerías de Duran, Carrera de San Gerónimo; Baylli-Bailliére, Plaza del Príncipe D. Alfonso; Miguel Guijarro, Preciados, número 5; La Publicidad, Pasaje de Matheu; Leocadio Lopez, calle del Carmen; Villaverde, calle de Carretas, número 4.

En provincias: en casa de los corresponsales, y en las principales librerías.

Redaccion y Administracion, Santa Catalina, 12.

Por todo lo no firmado, JOSE TEULON.

EDITOR RESPONSABLE: ELADIO LEZAMA.

MADRID, 1866:

Imprenta de J. Fernandez y compañía, Santa Catalina, 12.